

KRISTAN HIGGINS

AHORA QUE LO DICES



Este libro ganó el Premio RITA 2018 a la mejor ficción contemporánea.

Bienvenidos a las complicaciones de la vida, a la familia, al amor... Y a la realidad de que, a veces, das un paso adelante... y luego dos atrás.

Un paso adelante. Dos atrás. La beca Tu que puso a Nora Stuart en el camino de convertirse en médico especialista fue un paso adelante. Que la atropellaran y darse cuenta de que su novio flirteaba con la doctora cuando la creyó moribunda fueron dos pasos atrás. Y menudos dos.

Destrozada, Nora siente que su vida, esa vida que ha levantado con tanto cuidado, se agrieta. Solo hay un sitio adonde ir: a casa. Pero la pequeña comunidad de Maine que dejó hace quince años no es que la reciba con los brazos abiertos. En cada esquina se topa con alguien que la culpa de algo sucedido hace años en el pequeño pueblo de la isla Scupper.

Su madre, una isleña dura, siempre ha sido alguien distante; su hermana, una chica rebelde, ahora está en la cárcel y, por eso, no puede ocuparse de su hija, una joven que se muere de ganas por irse de allí, como hizo ella una vez. Nora no lo tiene fácil para aprovechar la que tal vez sea su última oportunidad para unir a la familia.

Pero al tiempo que muchas relaciones a su alrededor se rompen, otras, de manera inesperada, se refuerzan. Valorando lo bueno y lo malo, un oscuro acontecimiento de su pasado aporta esperanza para el futuro y Nora aprenderá que superar el dolor del pasado sirve para empezar de nuevo.

*Este libro está dedicado a Stacia Bjarnason,
doctora en Filosofía,
la amabilidad personificada, inteligente a más no
poder,
valiente, graciosa y, además, una amante de los
perros.
Es un honor ser tu amiga.*

Capítulo 1

Lo primero que se me pasó por la cabeza después de morir fue: «¿Cómo va a afrontar esto mi perro?».

Lo segundo fue: «Espero que por lo menos puedan abrir el ataúd durante el velatorio».

Lo tercero: «No tengo nada que ponerme para el entierro».

Lo cuarto: «Ya nunca conoceré a Daniel Radcliffe».

Lo quinto: «¿Acaba de cortar Bobby conmigo?».

Déjame retroceder en el tiempo y contarte lo que sucedió hace más o menos una hora.

Era una noche tranquila en el hospital Boston City... para mí. Normalmente lo eran. Trabajaba como gastroenteróloga en el hospital más grande y concurrido de Nueva Inglaterra. La mayoría de nuestros pacientes recibía un diagnóstico en la consulta antes de que las cosas fueran a más. Al fin y al cabo, todo el mundo se asusta si no puede comer o hacer caca. Así que, salvo las urgencias ocasionales, hemorragias o rotura de la vesícula biliar, la mía era una especialidad muy tranquila. Además, es una especialidad con una tasa de mortalidad muy baja.

Acababa de visitar a los cuatro pacientes que teníamos en planta: dos ancianas procedentes de las residencias de ancianos donde vivían, ambas con estreñimiento, ingresadas para que les pusiéramos unos enemas; un paciente con una obstrucción intestinal sin importancia que se estaba re-

solviendo con una dieta líquida; y un caso de colitis ulcerosa que mi compañero iba a operar a la mañana siguiente.

—Así que tiene que tomar más fibra, ¿de acuerdo, señora DeStefano? Coma menos pasta y más verdura —le dije a una de las pacientes con estreñimiento.

—Cariño, soy italiana. Que coma menos pasta... ¡por favor! Antes prefiero morirme.

—Bueno, pues coma más verdura y un poco menos de pasta. —Al fin y al cabo, la mujer tenía noventa y seis años—. No querrá que la traigan en camilla otra vez, ¿verdad? Los hospitales no son lugares divertidos.

—¿Estás casada? —me preguntó.

—Todavía no. —Sentí la cara rara, algo que siempre me pasaba cuando esbozaba una sonrisa falsa—. Pero tengo un novio estupendo.

—¿Es italiano?

—De ascendencia irlandesa.

—No hay para todas —comentó la mujer—. Ven a mi casa. Estás muy delgada. Te prepararé unos *fagioli* que harán que se te salten las lágrimas de lo buenos que están.

—Me tienta mucho. —No le recordé que ya no vivía en su casa. Tampoco le comenté que por muy simpática que pareciera, no tenía por costumbre visitar a desconocidos. Una lástima—. Descanse un poco esta noche —le dije—. Vendré a verla mañana por la mañana, ¿de acuerdo?

Salí de la habitación acompañada por el taconeo de mis zapatos sobre las relucientes baldosas del suelo. Siempre me arreglaba para ir a trabajar, me había enamorado de la ropa más tarde de lo normal. Me coloqué bien la bata, una prenda que todavía me emocionaba, en la que se había bordado a la altura del corazón: «Nora Stuart, doctora, aparato digestivo».

Supuse que podía sentarme delante del ordenador y hacer un poco de papeleo. A las enfermeras les haría un favor. Había acabado las rondas y tenía que distraerme de alguna manera, con la esperanza de que Bobby estuviera

preparado para marcharse cuando acabara su turno. Trabajaba en Urgencias, así que lo normal era que no lo estuviese.

Pero no quería irme a casa sola, aunque *Boomer*, nuestro cruce de boyero de Berna, estaba allí: *Boomer*, el único rayito de alegría en mi vida, cada vez más gris.

No. Mi vida estaba bien. Era estupenda. Se acabó lo de mirarme tanto el ombligo. Podía llamar a Roseline, mi mejor amiga en Boston, una obstetra. A lo mejor estaba de guardia y podía ayudarla en algún parto. Le envié un mensaje de texto, pero me contestó al cabo de un momento diciéndome que estaba cenando en casa de sus suegros y que había llegado al punto de contemplar el asesinato.

Qué mal. Roseline entendía el motivo por el que lo veía todo gris. Aunque claro, de un tiempo a esa parte dependía demasiado de ella. Le respondí ofreciéndole varias sugerencias para deshacerse de los cadáveres y, después, me guardé el teléfono móvil en el bolsillo.

Seguí caminando despacio hasta el mostrador de las enfermeras. Ah, estupendo. Del, uno de mis auxiliares preferidos, estaba sentado con un chupachups en la boca, ocupado con un montón de papeles.

—Hola, colega —dije.

—Doctora Stuart, ¿qué tal?

—¡Muy bien! ¿Cómo estás? ¿Qué tal la cita de la otra noche?

Él se acomodó en la silla y sonrió de oreja a oreja.

—Es la mujer de mis sueños —contestó, ufano—. Lo supe en cuanto me sonrió.

—¿De verdad?

—De verdad. Cuando me miró por primera vez estuve a punto de hincar la rodilla en el suelo. Fue como si nos conociéramos de toda la vida. Como si estuviéramos hechos el uno para el otro, a medida, ¿me entiende?

—¡Claro! —contesté, con más entusiasmo de la cuenta—. Lo mismo que nos pasó a Bobby y a mí.

La sonrisa de Del flaqueó un pelín.

En ese momento, se anunció por megafonía:

—Atención, por favor. Atención, por favor. Doctora Stuart, doctora Nora Stuart, acuda a Urgencias lo antes posible. Box once.

Di un respingo.

—¡Ah, es para mí! —Una llamada semejante a Urgencias era tan poco frecuente que todavía me resultaba emocionante—. Me voy entonces. ¡Adiós, Del!

Enfilé el pasillo a la carrera y envalentonada, con una mano sobre el estetoscopio para que no se moviera, mientras me preguntaba para qué me necesitarían. ¿Un cuerpo extraño alojado en el esófago? Vamos, que alguien se estaba ahogando. ¿Hemorragia digestiva alta? Siempre era emocionante. Lo más normal en el servicio de Urgencias de un hospital de ciudad eran varices esofágicas derivadas del alcoholismo o de la hepatitis, o venas en la garganta que reventaban: la hemorragia resultante podía ocasionar la muerte del paciente.

Me encantaba ir a Urgencias. Mi especialidad era tan importante como la de urgencias, pero nadie hacía series de televisión sobre ella, ¿a que no? Urgencias era el lugar frecuentado por la gente interesante, y mi novio era el rey. Bobby solía decir que había pocas cosas que no encontrarán solución en urgencias, pero si me habían llamado... en fin, la capitana era yo.

Bajé las escaleras a toda pastilla y llegué al mostrador de Urgencias, donde estaba Ellen, la enfermera encargada de catalogar a los pacientes.

—Niño de doce años con dolor abdominal y náuseas, box once.

—¡Gracias, Ellen! —No me devolvió la sonrisa. Bobby la adoraba, pero conmigo era tan simpática como un *dementor* de Harry Potter, siempre en busca de una chispa de felicidad que destrozar.

Al *box* once que me fui, caminando rápido, pero sin correr. Era una noche tranquila en Urgencias. Los de siempre: ancianos, algunos niños, unos cuantos drogadictos, un chico con la mano ensangrentada que me sonrió al verme pasar.

Mi especialidad... Bueno, alguien tenía que encargarse del aparato digestivo, ¿no? Y a mí me gustaba, casi siempre. El noventa por ciento de mis pacientes mejoraba. Las colonoscopias... lo creas o no, son un momento zen. Pero es cierto, no es como para ponerse a cacarear. A esas alturas, había perdido la cuenta de los estremecimientos que solía sentir la gente cuando se enteraban de mi especialidad, pero sí que les gustaba cuando tenían una úlcera, ¿eh?

Jabrielle, una de las nuevas residentes de Urgencias, me esperaba junto al *box*. Estaba coladita por Bobby, tal como demostró al mirarlo a los ojos en la última fiesta a la que fuimos, una de esas miradas a las que resulta imposible ponerle fin por lo intensas que son. Por si eso fuera poco, además, era guapísima.

—¿Eres la especialista a la que hemos llamado? —me preguntó, sin reconocerme. Otra vez.

—Sí —contesté—. Soy Nora. Nos hemos visto antes. Tres veces. —Seguía sin reconocerme—. ¿La novia de Bobby?

—Ah. Sí. El caso, sospecho que es apendicitis, pero le duele más hacia el centro y menos en el costado. Estamos esperando los resultados de los análisis. Iba a hacerle un TAC, pero la madre quiere consultar con el especialista para ver si se puede evitar.

El paciente parecía demasiado pequeño para tener doce años. Tenía un color macilento y la cara, desencajada por el dolor. No había por qué exponerlo a la radiación del TAC si no era necesario.

—Hola —lo saludé—. Vamos a ponerte bueno, ¿eh? —Sonreí a la madre mientras me lavaba las manos—. Soy la

doctora Stuart. Siento que su hijo esté así. —Miré el informe. Caden Lackley, sin traumatismos, había comido normalmente hasta ese día, dolor abdominal intenso, náuseas y vómitos—. Caden, ¿has tenido diarrea o cacas blandas? —Como ya he comentado, mi especialidad no se presta a las conversaciones agradables.

—No —contestó él.

—Muy bien. Vamos a echar un vistazo.

Le palpé el abdomen, lo tenía duro, uno de los síntomas de la apendicitis. Sin embargo, el dolor no estaba localizado en el sitio que le correspondía. De hecho, ni siquiera estaba cerca del punto de McBurney, en la parte inferior derecha del abdomen.

—No es apendicitis —anuncié.

Jabrielle hizo un mohín contrariado con esos labios perfectos, irritada porque se había equivocado. Todos los médicos de Urgencias eran así, detestaban que los especialistas les lleváramos la contraria.

El niño contuvo el aliento cuando lo palpé en el costado derecho, debajo de las costillas. En el izquierdo no le dolía. Lo coloqué de costado y le di unos golpecitos en la espalda para comprobar si había problemas de riñón, pero no reaccionó.

Era demasiado pequeño para tener cálculos renales. Podía ser una pancreatitis, pero también era poco probable debido a su edad. Y no podía tratarse de la enfermedad de Crohn sin diarrea.

—Caden, ¿cuánto hace que te duele la tripa?

—Desde el domingo.

Una respuesta muy específica. Era jueves, así que llevaba cinco días con dolores.

—¿Va y viene?

—No. Me duele todo el rato.

Pensé un segundo.

—¿Comiste algo distinto el fin de semana?

—Fue a una fiesta que se celebró en casa de mi hermana —contestó la madre—. Había mucha comida, pero nada que no hubiera comido antes.

—¿Algo que tuviera huesecillos o espinas pequeñas? ¿Pescado, pollo?

Se miraron.

—No, no había nada con huesos —respondió la madre.

—¿Algo que llevara palillos de dientes? —les pregunté.

—Sí —contestó él—. Las vieiras envueltas con beicon.

Bingo.

—¿Puede ser que te hayas tragado un palillo de dientes? —le pregunté.

—No creo —contestó él.

—Se las comía como si fueran palomitas —terció la madre.

—Bueno, es que están riquísimas. —Sonreí—. Caden, a veces podemos tragarnos cosas sin darnos cuenta, así que voy a hacerte una endoscopia. Voy a darte una pastilla para que te relajes y después introduciré una cámara diminuta en tu estómago para echar un vistazo y ver si encontramos algún palillo de dientes. ¿Qué te parece?

A mí me parecía divertido.

Le dije a Jabrielle que le diera una dosis de midazolam y le rocié la garganta con lidocaína para anestesiársela y que no sufriera náuseas. Su madre siguió sentada a su lado, aferrándose a la mano del niño.

—Esto no te va a doler nada —aseguré, y me puse manos a la obra, introduciéndole el endoscopio por la garganta. Empecé a hablarle de forma relajada mientras miraba el monitor y le examinaba el esófago y el estómago a medida que avanzaba la exploración. Mucosas sanas, unos vasos sanguíneos preciosos, las paredes grisáceas del estómago moviéndose y palpitando.

Y allí, en la parte inferior del estómago, vi el palillo, ya negro a causa de los ácidos estomacales, clavado en el

duodeno. Usé las pinzas del endoscopio para extraerlo y lo saqué poco a poco.

—¡Tachán! —exclamé, al tiempo que lo levantaba para que mi paciente lo viera—. Caden, lo tenemos. Mañana te sentirás mucho mejor.

—Bien hecho —murmuró Jabrielle.

—Gracias —repliqué—. Le recetaré antibióticos, pero debería mejorar de inmediato. En el futuro, amigo mío, come con más cuidado, ¿eh? Esto podría haberte ocasionado un problema gordo. Podría haberte llegado al hígado y eso sí que habría sido peligroso.

—Muchas gracias, doctora —me dijo la madre—. ¡Ni siquiera habíamos pensado que pudiera ser un palillo!

—De nada —repliqué—. Parece un niño estupendo.

Me quité los guantes, le estreché la mano a la mujer y, tras alborotarle el pelo a Caden, salí para hacer la receta.

Me sentía como una heroína.

Si no lo hubiera tratado, el palillo podría haberle ocasionado una septicemia. Tal vez, podría haber llegado a ser mortal. Aunque no era frecuente que sucediera, aquella noche podía afirmar que había salvado una vida.

En ese momento, se abrieron las puertas de golpe y entró un montón de gente alrededor de una camilla.

—¡Disparo en la garganta mientras conducía! —anunció alguien a voz en grito... Bobby, ¡mi amorcito!—. Ha perdido mucha sangre antes de que lo trajeran. Preparad el transfusor con cuatro bolsas de 0+. ¡Llamad al banco de sangre para que prepare una transfusión masiva y que preparen el quirófano uno de trauma! ¡Vamos, gente, a mover esos culos, ya!

Urgencias se convirtió en un hervidero de actividad con gente corriendo en todas direcciones, obedeciendo al jefe. Me acerqué hipnotizada al box donde estaba sucediendo todo. Por Dios. Al hombre parecía faltarle la mitad del cuello y Bobby le había metido la mano por un agujero del tamaño de un puño.

—¡Estoy pinzándole la carótida con los dedos, joder! — gritó Bobby—. ¿Dónde está el cirujano?

Efectivamente, Bobby tenía el brazo empapado de sangre y los pantalones salpicados, debido a la hemorragia arterial. El resto de su equipo revoloteaba en torno al paciente, cortándole la ropa y colocándole vías intravenosas.

—¡No, idiota, no puedes intubarlo! —le soltó Bobby a un residente—. ¿Es que no ves que tengo la mano en su garganta? ¡Usa una bolsa, imbécil!

No echaba de menos la época de la residencia, de verdad que no. Los médicos de Urgencias fueron brutales conmigo.

En ese momento, entró la doctora McKnight, la cirujana, poniéndose los guantes y con una máscara en la cara para evitar posibles contagios por las salpicaduras de sangre. Alguien le puso una bata.

—¡Pinzas! —masculló—. ¡Ya! —Si había alguien más seguro de sí mismo que un médico de Urgencias era un cirujano—. Bobby, no apartes la mano y no se te ocurra ni respirar. Como lo sueltes, se desangra en cinco segundos. ¿Cómo es posible que haya llegado con pulso?

En ese momento, una enfermera me vio contemplar la escena boquiabierto y cerró la puerta. Al fin y al cabo, yo no pertenecía a Urgencias.

Salí del estupor y cerré la boca. El personal de limpieza ya estaba quitando el reguero de sangre del suelo, y la mitad de los residentes, entre ellos Jabrielle, que me miraba con cara de malas pulgas porque con mi aburrida endoscopia había hecho que se perdiera la fiesta, revoloteaba cerca de la ventana del *box* para ver si el hombre lo lograba.

Los otros pacientes seguían tranquilos, en sus respectivas camillas, por respeto, al parecer. Acababa de pasar por delante de ellos un herido digno de aparecer en una serie de televisión.

Regresé al mostrador de la enfermera.

—Hola otra vez, Ellen —dije—. Vaya...

—¿Ha acabado la consulta? —me interrumpió ella.

—Ah, sí. Mmm... se tragó un palillo. Le he practicado una endoscopia y...

Me miró con expresión asesina y cogió el teléfono. Muy bien. Estaba ocupada y yo solo era una doctora irritante que solo servía para complicarle la vida... Algo que era cierto para muchas enfermeras, sobre todo para las de Urgencias. Razón de más para dejarles claro que me caían bien. Pero Ellen no era de esas personas dispuestas a apreciar la amabilidad del ser humano, así que me acerqué al ordenador para completar el informe.

Justo cuando acababa, se abrió la puerta del *box* donde estaba Bobby y salió todo el equipo de nuevo, de camino al ascensor para subir al herido a cirugía. Alcancé a oír el pitido que indicaba que el paciente tenía un pulso estable. De alguna manera, le habían salvado la vida o, al menos, le habían dado otra oportunidad.

La doctora McKnight entró en el ascensor con el resto del equipo y, mientras las puertas se cerraban, gritó:

—Buen trabajo, chicos. Bobby, ¡has estado fenomenal!

Las puertas se cerraron y todo el personal de Urgencias empezó a aplaudir.

El siguiente turno estaba llegando y ya sabían que habían logrado salvar a un paciente crítico, así que estaban celosos porque no les había tocado a ellos.

Bobby y sus chicos no parecían muy dispuestos a pasarles la antorcha. No paraban de chocar los cinco, de señalarse la ropa empapada de sangre, de recordar el papel que habían interpretado en el drama y de alabar la rápida y delicada anastomosis de extremo a extremo que había practicado la doctora McKnight.

Bobby no hablaba mucho. Tampoco necesitaba hacerlo, saltaba a la vista que era un dios.

Sus ojos por fin se clavaron en mí. Sonreí, orgullosa de él, aunque esa vocecilla irritante que vivía en mi cabeza me dijera que ya era hora de que me mirara.

—Ah, hola —dijo. Llevábamos juntos el tiempo suficiente para darme cuenta de que se le había olvidado que yo también trabajaba aquella noche—. Esto... vamos a pedir una *pizza* y a quedarnos por aquí para ver cómo le va al paciente.

—Claro, por supuesto. Bobby, ha sido asombroso. He visto un poco.

Él se encogió de hombros, con modestia.

—¿Me estabas esperando? —me preguntó.

La irritación me invadió de nuevo.

—No, he bajado por una consulta. Un niño de doce años que se ha tragado un palillo de dientes. Le he practicado una endoscopia y no parece que haya habido perforación. Además, creo que lo hemos sacado antes de que se produjera una septicemia.

—Estupendo. Bueno, ¿quieres quedarte con nosotros?

Contuve un suspiro. No quería. Quería irme a casa, salir a pasear con él y con *Boomer* y comer *pad Thai*. Si nos quedábamos en el hospital, tendría que llamar a Gus, el muchacho que sacaba a pasear a *Boomer*. Quería contarle a Bobby lo de la urgencia que había hecho y hablarle del instinto que me había indicado la causa del dolor, que era lo que separaba a los médicos buenos de los mediocres.

Pero él era quien había metido la mano en la garganta de un hombre.

—Claro —contesté.

—Muy bien. Déjame que me lave. —Se fue y se detuvo para estrecharle la mano a un celador.

Cinco minutos después, entró en la sala de descanso del personal, donde el resto de su equipo estaba de cháchara, todavía con el subidón de adrenalina. Hubo más felicitaciones. Siguieron chocándose los cinco. Más chistes.

—¿Quién va a por la *pizza*? —preguntó Jabrielle.

Todos me miraron, porque yo era la intrusa. La aburrida gastroenteróloga que también había salvado una vida esa

noche, aunque esa historia no fuera digna de una serie de televisión.

—Voy yo —me ofrecí—. ¿Qué queréis?

A pesar de haberme sacado el grado de Medicina *magna cum laude* en la Universidad de Tufts y de tener un trabajo en el que ganaba más dinero que mi novio, parecía haber vuelto a la época en la que servía almejas en el Clam Shack de Scupper Island.

—Gracias, Nora —dijo Bobby. Unos cuantos más dejaron de felicitarlo y lo imitaron.

—De nada. —Atravesé Urgencias intentando no suspirar.

En el pasillo había una camilla. Una mujer joven con un collarín esperaba tumbada en la camilla, tomada de la mano de un joven que tendría la misma edad, y que también llevaba collarín. Estudiantes universitarios que habían sufrido un accidente en la carretera, supuse. El muchacho se inclinó hasta apoyar la frente sobre la suya, y ella le acarició el pelo. No hablaron. No les hacía falta. Su amor era palpable.

Bobby y yo fuimos así en otra época, justo después del Incidente Aterrador.

Pero ya no lo éramos desde hacía muchísimo.

Eso hacía que me sintiera... gris.

Afuera descubrí la típica noche fría de abril en Boston: lluvia, viento gélido procedente de la bahía, el olor del mar y de basura —los trabajadores del servicio de recogida estaban en huelga—. Eran las ocho y media, lo que significaba que había llegado la hora de la tranquilidad. Boston no era como el SoHo.

Bajé de la acera y miré a la izquierda.

Y me encontré encima, justo encima, a una hormiga verde gigante colocada en el techo de una furgoneta con el nombre Fumigaciones Beantown. En décimas de segundo, vi que el conductor tenía una de esas barbas mal cuidadas, llena de migas, y una gorra de los Red Sox, había servilletas